



«Cuando tuve edad suficiente para comenzar a comprender el mundo, mi ciudad natal se incendió... Al otro lado de la costa, la bomba atómica fue arrojada sobre Hiroshima, por ello crecí cerca de la 'zona cero'. Todo estaba en completa ruina y no había arquitectura, ni edificios, ni incluso ciudad. Sólo barracas y chamizos me rodeaban. Por tanto, mi primera experiencia de la arquitectura fue el vacío de la arquitectura, y comencé a considerar cómo la gente podía reconstruir sus casas y ciudades».

Arata Isozaki

Arata Isozaki nació en Oita, una pequeña isla cercana a Hiroshima, en 1931, y vivió la traumática experiencia previamente relatada. Fiel al irreductible y disciplinado carácter japonés, familiarizado con grandes catástrofes naturales y otras provocadas por el ser humano, asumió el desafío de reconstruir la esperanza de la arquitectura sobre el baldío de la desolación y mucho más, pero nunca se encerró en su país de origen, sino que es uno de los arquitectos más prolíficos, internacionales y variado en sus edificios. En España tenemos bastantes suyos, entre otros: en Bilbao (torres Atea), Galicia (DOMUS de La Coruña), Madrid (Carabanchel 21) y, en especial, Barcelona con el muy conocido Pabellón San Jordi, entre otras obras de gran interés. A Isozaki con su premio Pritzker le ha pasado como a Bob Dylan con su Nobel: ha tardado en llegar, pero por fin lo ha conseguido y, en mi opinión era inevitable, como ya avancé el año pasado al comentar el Pritzker de Balkrishna Doshi. El jurado argumenta su elección afirmando que «la arquitectura de Isozaki desafía la categorización pues siempre está evolucionando... Poseyendo un profundo conocimiento de la historia y la teoría de la Arquitectura, y abrazando la vanguardia, nunca se ha limitado a mantener el status quo». Es un reconocimiento a una vida de experimentación y búsqueda incansante de diferentes arquitecturas que no admite discusión, pues Isozaki es uno de los grandes maestros japoneses vivos, aunque sus 87 años de edad



El arquitecto japonés Arata Isozaki en 2006, durante la construcción de las torres que diseñó para Bilbao. :: MITXEL ATRIO

Arata Isozaki: un Pritzker inevitable

no son tan relevantes, dada la activa longevidad nipona. Lo que también viene a consolidar el papel dominante de la arquitectura japonesa: cuatro premios japoneses entre los diez últimos, siete (ocho arquitectos) desde 1987, cuando Kenzo Tange fue el primer arquitecto japonés premiado. Japón tiene una figura seminal para la arquitectura moderna en Kenzo Tange, que no pensaba en ella hasta que conoció la obra de Le Corbusier, tras ello se formó en la Facultad de Arquitectura de Tokio y, mientras esperaba acceder a los estudios de Arquitectura, estudió filosofía occidental. Acabada la guerra, pasó a ser profesor y creó su propio 'laboratorio Tange' para investigar el futuro del Urbanismo y la Arquitectura. Se convirtió en una de las piezas claves de la Segunda Generación, a la Tercera se incorporaron varios discípulos suyos. Utiliza el len-

guaje del movimiento moderno con referencias propias a la cultura del entorno en que se desarrolla, rompiendo el rígido lenguaje propio del 'estilo internacional', de modo similar al brasileño Óscar Niemeyer, aunque menos sensual y más severo en su orden japonés. Desde su 'laboratorio' se concibieron proyectos visionarios, como el fascinante desarrollo urbano en la bahía de Tokio y otros muchos de escasa abrumadora, como la Prefectura de Tokio o las instalaciones deportivas de las Olimpiadas de 1964. De sus colaboradores surgieron figuras muy representativas del movimiento metabologista como Kisho Kurokawa, Koyinori Kikutake y Arata Isozaki. De esa primera época de Isozaki son sus propuestas de la 'Ciudad Espacial 1' (1960) o la 'Ciudad Espacial 2' (1962), que plantea edificios con racimos residenciales en ménsula, conectados a

un 'tallo' superestructural central, que emergen sobre la estructura urbana previa. Este tipo de proyectos suyos podrían intercambiarse con trabajos de Archigram, también de aquella época. Para Isozaki el componente utópico de esas propuestas no queda perdido

Se ha dicho que la obra de Isozaki es una antología de la Arquitectura y es bastante cierto

en un limbo teórico, pues acaba emergiendo formalmente en proyectos posteriores; así pretendió hacerlo con su propuesta para la Biblioteca Nacional de Qatar (2005), que recuperaba la idea de la 'Ciudad Espacial 2', pero quien finalmente la ha construido ha sido Rem Koolhaas. Más suerte tuvo Peter Cook de Archigram, construyendo su 'monstruo azul' (Museo de Arte) de 2003 en Graz, con reminiscencias de las 'Walking Cities'. En 1963, Isozaki abrió su propio estudio e inició una nueva etapa profesional que le ha llevado a lograr el Pritzker.

Isozaki es una figura relevante de la conocida como Tercera Generación del movimiento moderno, arquitectos nacidos entre las dos guerras mundiales, según el criterio de Philip Drew. Se trata de una generación innovadora que busca la modernidad de la aquitectura en muy va-

riadas direcciones, superando las gramáticas formales de los grandes maestros y realizando una interpretación crítica de la reconstrucción realizada tras la devastación de la segunda guerra mundial. En línea con la argumentación del jurado, se ha dicho que la obra de Isozaki es una antología de la arquitectura y es bastante cierto, pues su evolución aflora diversas tendencias; desde su referida incursión metabologista, simultaneada con la arquitectura brutalista de hormigón corbusierana, como su primera obra maestra en la Biblioteca Provincial de Oita (1966), pasando por el 'pop', el 'post-modern' o el High-Tech, casi todos los estilos y lenguajes han merecido la atención de un Isozaki cosmopolita y asociativo con otros estudios internacionales: él promovía la presencia de arquitectos internacionales en Tokio y, a su vez, era invitado en el exterior, como su presencia en la arquitectura olímpica de Barcelona.

Su aproximación a los proyectos es singular en cada caso, dependiendo del lugar, el tiempo en que se produce y pasando por su profundo conocimiento teórico y práctico de la arquitectura y la construcción; ello le lleva a esa búsqueda de nuevas respuestas arquitectónicas en sus dife-

rentes proyectos. Algunas veces la curiosidad puede jugar malas pasadas y la etapa Post-Modern, en general, no fue buena para la arquitectura y ni el propio Isozaki pudo escapar a ello, como se aprecia en su intervención de Disney World en Orlando (1990); por suerte fue un mal pasajero. Ciertamente le interesan los contextos locales, especialmente expresionista en el caso del DOMUS de La Coruña, pero la dispersión de su obra le convierte en un arquitecto global. Lo cierto es que dentro de la variedad sí se aprecia una evolución desde la rotundidad racionalista de sus primeros años, como en la Biblioteca de Oita a la geometría volumétrica de los años 70-80, incluso el Post-Modern, al predominio de un organicismo iniciado en la cubierta del Pabellón San Jordi y que prevalece en la variedad de sus últimos trabajos... Me resulta especialmente llamativa su obra ARK NOVA, el auditorio ambulante para desplazar por las zonas afectadas por el tsunami de 2011, una propuesta que me impresiona por su flexibilidad y voluntad de una arquitectura de servicio en escenarios límites, sin duda próximos a su indeleble experiencia del año 1945.

La arquitectura japonesa se caracteriza por la precisión en la selección y el manejo de materiales así como su ejecución, en especial cuando se la aprecia en Japón, además de absorber influencias internacionales y fusionarlas con sus raíces vernáculas, o adaptarlas a su entorno hiperdensificado pero, a su vez, respetuoso con la naturaleza. Indudablemente esa precisión minuciosa no es ajena a su referida hegemonía en la arquitectura mundial, y es consecuencia de un trabajo de equipo en el que todos los que intervienen son importantes porque se esmeran en su aportación para conseguir el éxito conjunto del edificio. Hay muchos excelentes estudios de arquitectos en Japón, pero son menos conocidos y prolíficos o, sencillamente han llegado más tarde para ser reconocidos. Puestos a apostar por otro futuro Pritzker japonés yo lo haría por Yoshio Taniguchi, uno de los más sutiles arquitectos de los últimos años, aunque tiene 'cierta edad' (nació en 1937). A ver si acierto en mi pronóstico como sucedió con el caso de Isozaki; de momento, creo que Arata me debe una ronda.

El mérito

Como tantos otros padres, mi mujer y yo pusimos todo de nuestra parte para transmitir a nuestro hijo, en su infancia, el profundo amor que, ambos, profesamos por el arte en sus más diversas manifestaciones. El método para conseguirlo pasaba por visitar aquellos lugares donde se exhibe, bien en colosales monumentos de prodigioso continente y contenido no menos deslumbrante; bien en prestigiosos museos donde la belleza acumulada puede, por desmesurada, atolondrar los sentidos. También, cómo no, en ese proceso formativo, acudimos a exposiciones, con más ánimo si intuíamos que, por su cariz, las posibilidades para ganarle para nuestra causa eran mayores –sirva para ilustrarlo una que mostró, en el segoviano Torreón de Lozoya, un magnífico belén obra del imaginero toledano José Luis Mayo Lebrija–.

Recuerdo que en aquellas excursiones respondía, mal que bien, las preguntas que mi hijo, desde su inocente curiosidad, me formulaba. Sin embargo, ¿cómo explicar a un niño, en un lenguaje para él

comprensible, qué propiedades deben poseer pinturas y esculturas para ser calificadas como obras de arte? Una creación figurativa puede facilitarnos la misión; no obstante, una que se aparte de la lógica, desvinculada de las formas obvias unidas a la cotidianidad, no hace sino complicar nuestra pedagógica tarea.

Visto lo visto, que mi contestación, en esa coyuntura, lejos de clarificar complicaba sus dudas, opté, si pertenecía la obra señera, pongamos por caso, a las vanguardias, por no detallar sus presuntas cualidades. Cuando era difícil la descripción de las virtudes que atesoraba, pues su heterodoxia estaba reñida con la sensatez dictada por la costumbre, la ubicaba temporalmente y refería, ahora sí, la época que la vio nacer. Por ejemplo, ante un Picasso cubista de principios del siglo XX –'El frutero' o 'Los pájaros muertos'– hacía un somero retrato de cómo era el mundo en esas fechas. Lo distante que era el concepto iconográfico del artista a la personalidad de la sociedad no hacía sino provocar, este era mi propósito, la admiración ha-

LOS TRIGALES AZULES

ROBERTO RODRÍGUEZ



Lo que pretendía revestirse de provocativa creación no era sino repugnante y rancio exabrupto

cia el pintor. Su osadía sin parangón era fascinante.

Lo que fue un modo de presentar determinadas obras de arte a mi hijo, también me sirvió, personalmente, para recalibrar su importancia. Las grandiosas catedrales románicas y góticas ya no eran sólo inmensos barcos varados de insólita majestuosidad: eran demostración palpable de

cómo las empresas más arduas pueden llegar a buen puerto por la férrea, y valiente, voluntad del hombre; la producción de los más célebres artistas plásticos no la observé, únicamente, como testimonio de cómo algunas personas son capaces de concebir espléndidas e inigualables obras sino como hitos extraordinarios en los que el ojo humano ve de una forma nueva y una mano sabe traducir ese trance inaugural; releí libros y revisé películas –pienso en 'El Quijote', pienso en 'Ciudadano Kane'– sabiendo lo que ya sabía: algunas narraciones verbales y visuales habían sido excepcionalmente innovadoras, de tal guisa que, a partir de entonces, el mundo literario y cinematográfico había tomado otro rumbo.

Mas no solo empleé este método para evaluar a los hijos del pasado, también lo utilicé para medir la valía de lo que en ese instante veía la luz. Y aquí afirmo que encontré pocos, muy pocos, motivos para la satisfacción. Lo trillado era norma habitual y lo que pretendía revestirse de provocativa creación no era sino repugnante y rancio exabrupto. ¡Pero, ay, cuánto artista de tres al cuarto se sentía incomprendido, perseguido por los tiquismiquis y los biempensantes!

En fin, en muchas oportunidades la instrucción guarda, para el que es voluntario o preceptor, una valiosísima enseñanza.

María Luz Morales, un rescate

La historia (digamos de la literatura) no está casi nunca equivocada, aunque tenga errores de valoración. Pero esa historia –por razones múltiples– suele dejar de lado a mucha gente, a veces espléndida, otras simplemente curiosa, pero que vale la pena recuperar. Reconozcamos que la editorial Renacimiento está haciendo un notable papel en tal sendero. Desde 1975 –y en adelante– he buscado autores raros o postergados del 'fin de siglo', desde Antonio de Hoyos y Vinent al casi desconocido Marqués de Campo (autor de un singular libro de poemas decadentes, 'Alma glauca', 1902) hasta el pizpireto Álvaro Retana, sobre quien escribí un libro. Mi amiga Amelina Correa, que ha hecho muchísimo en esa senda, redescubrió a un de veras importante escritor modernista, de carrera breve pero estupenda, Isaac Muñoz. Como mujer y en jus-



M. L. Morales hacia 1920.

ticia, ahora más volcada a mujeres, recuerdo los cuentos que editó de una espiritista española, Amalia Domingo Soler... La lista es larga, y ahora le ha tocado el turno a una notable periodista, María Luz Morales (1889-1980), gallega que vivió y ejerció en Barcelona. María Angeles Cabré ha editado y prologado un libro suyo tardío (la primera y única edición es de 1973), 'Alguien a quien conocí', que en verdad es un conjunto de muy notables semblanzas de personas que conoció antes de la Guerra Civil, que fue su etapa principal de eficaz pionera del periodismo femenino. También anduvo en esos aires Josefina Carabias.

María Luz Morales escribe de sus encuentros y lecturas de Madame Curie (en Madrid) y ya en Barcelona, desde Gabriela Mistral, García Lorca o el entonces muy famoso conde de Keyserling –que murió en la miseria casi al final de la

SATURNALES

LUIS ANTONIO DE VILLENA



segunda guerra– pasando por la novelista catalana Catalina Albert, que firmó con el pseudónimo masculino de Víctor Catalá, hasta Paul Valéry o André Malraux, que empezó como revolucionario para llegar a ministro y admirador de De Gaulle, pero siempre un hombre inquietante. Morales (que escribe bien y ameno) no descubre demasiado secretos –ni una palabra sobre el lesbianismo de la chilena y Nobel, Mistral– pero da siempre la imagen viva de quien conoció a esas personas y las entrevistó o charló con ellas. Muy buena periodista, primera mujer que dirigió, aunque fugazmente, 'La Vanguardia' de Barcelona, María Luz Morales (que escribe este libro ya en el olvido) habla

siempre de sí misma con modestia, pero como es una periodista notable –y sus personajes le acompañan– vale y brilla. 'Alguien a quien conocí' merece mucho la pena, pero quienes nos gusta rescatar (y el feminismo imperante lo está haciendo con muchas mujeres) no debe hacernos olvidar que si es importante rescatar –mujeres u hombres– es igualmente importante no sobervalorar. A menudo los rescates son muy necesarios y valiosos (María Luz Morales es un caso) pero eso no la vuelve un genio, ni ella lo hubiese creído. Se rescató a Cansinos-Asséns con harta razón, ahora estamos con Carmen de Burgos. Pero me digo: ¿Para cuando Rosso de Luna o la muy notable Mercedes Formica? A esta (gran escritora liberal, ya la conocí) las feministas radicales ni la nombran, pues aunque valiosa fue falangista en su juventud y –horror, era muy guapa– novia ocasional de José Antonio Primo de Rivera... Rescatar no es negar sino hacer justicia, sin colores, sólo literatura.